

FEDOR DOSTOIEVSKI

LA LEYENDA DEL GRAN INQUISIDOR

**Adaptación y epílogo de
Maximilien Rubel**

LA LEYENDA DEL GRAN INQUISIDOR

La acción se desarrolla en el siglo dieciséis, y entonces era costumbre hacer intervenir en las obras poéticas las fuerzas sobrenaturales, cosa que, sin duda alguna, sabes ya de la escuela. No voy a referirme al Dante. En Francia, los letrados de la Basoche, así como los monjes en los monasterios, daban verdaderas representaciones completas en las que hacían salir a la escena a la Virgen María, ángeles, santos, a Jesucristo y hasta al mismísimo Dios. Entonces todo esto era muy ingenuo.

En *Notre Dame de París*, Víctor Hugo describe cómo en la sala del ayuntamiento se ofrece al pueblo una representación edificante y gratuita de *Le bon jugement de la très sainte et gracieuse Vierge Marie*, en honor del nacimiento del delfín de Francia, en tiempos de Luis XI. En esta representación, la Virgen aparece en persona y pronuncia su *bon jugement*.

En nuestro país, en Moscú, en los antiguos tiempos, anteriores a Pedro el Grande, también se representaban de vez en cuando obras casi dramáticas de ese tipo, especialmente inspiradas en el Antiguo Testamento; mas, aparte de las representaciones dramáticas, circulaban entonces por todo el mundo numerosos relatos y “cantares” en los que actuaban, según fuera necesario, santos, ángeles y toda la fuerza celestial.

En nuestros monasterios se ocupaban también de traducir, copiar y hasta componer poemas semejantes ya en tiempos de la dominación tárara. Se ha conservado, por ejemplo, un poemita monástico (evidentemente traducido del griego), intitulado Camino de la Virgen María entre sufrimientos¹ con cuadros de una audacia que en nada cede a los del Dante. La Madre de Dios

1 Título de una leyenda que figura en los apócrifos de origen bizantino, correspondiente al s. I de nuestra era.

visita el infierno, el arcángel San Miguel la guía “entre los sufrimientos”. Ve a los pecadores y sus torturas. Hay una categoría en extremo curiosa de pecadores, sumidos en un lago.en llamas: la de los que se hunden en ese lago de modo que ya no pueden volver a la superficie; a éstos “*ya los olvida Dios*”, expresión de extraordinaria profundidad y fuerza.

Pues bien, conmovida y llorosa, la Madre de Dios se hinca de rodillas ante el solio divino e impetra el perdón para todos los que están en el infierno, para todos aquellos a quienes ha visto allí, sin distinciones. Su conversación con Dios es de un interés colosal. La Virgen suplica, porfía, y cuando Dios le señala las manos y los pies de su Hijo, atravesados por los clavos, y le pregunta: *¿cómo voy a perdonar a los que le han torturado?*, ella manda a todos los santos, a todos los mártires, a todos los ángeles y arcángeles, que se arrodillen a su lado y rueguen por el perdón de todos, sin excepción alguna.

El poemita acaba de modo que la Virgen obtiene de Dios la interrupción de los tormentos cada año, desde el Viernes Santo hasta el día de Pentecostés, y los pecadores desde el infierno enseguida dan las gracias a Dios, gritando: “*Tienes razón, Señor; tu sentencia es justa*”. Mi poemita habría sido por el estilo, de haber aparecido en aquella época. En la concepción mía, El aparece en escena; cierto, no dice nada en el poema, únicamente aparece y pasa.

HAN TRANSCURRIDO YA QUINCE SIGLOS desde que prometió volver a su reino, desde que su profeta escribió:

“*Volveré pronto.*”

“Empero nadie sabe nada del día y de la hora, ni aún los ángeles que están en el cielo, ni el Hijo, sino el Padre”, tal como dijo El estando aún en la tierra. Pero la humanidad le espera: con la misma fe y la misma unción. Oh, hasta con mayor fe, pues desde hace quince siglos se han interrumpido las promesas del cielo al hombre:

*Cree lo que el corazón te diga,
no hay promesas de los cielos.*²

¡Y no queda más que la fe en lo dicho por el corazón! Ciento, había entonces muchos milagros. Había santos que efectuaban curas prodigiosas; a algunos justos varones, según sus biografías, se les aparecía la propia Reina de los Cielos. Pero el diablo no duerme y en la humanidad germinó la duda sobre la autenticidad de tales milagros.

*Una nueva y terrible herejía apareció entonces en el Norte, en Alemania. Una estrella inmensa, “ardiendo como una antorcha cayó en las fuentes de las aguas, que fueron hechas amargas”.*³ Tales herejías empezaron a negar, blasfematoriamente, los milagros. Pero tanto más ardiente se hace la fe de quienes siguen creyendo. Las lágrimas de la humanidad continúan elevándose hacia El como antes, le esperan, le aman, confían en El, hay ansia de sufrir y morir por El, como antes... Después de tantos siglos, la humanidad rezaba con fe y pasión:

“Señor, dígnate venir a nos”

Cuántos siglos le invocó para que El, con su compasión infinita, quisiera descender al lado de los suplicantes. Ya antes había descendido, había visitado a algunos justos, mártires y santos anacoretas en la tierra, según está escrito en sus “vidas”. Entre nosotros, Tiútchev, que creía profundamente en la veracidad de sus palabras, ha proclamado que:

*Abrumado por el peso de la cruz,
como un simple esclavo, el Rey de los Cielos
de punta a punta, tierra mía,
te ha recorrido y te ha bendecido.*⁴

He aquí, pues, que El quiso mostrarse aunque sólo fuera por un momento al pueblo, a ese pueblo atormentado, sufrido, hedion-

2 Del poema de Schiller “Deseo” (1801).

3 Apocalipsis, VIII, 10, 11.

4 Última estrofa de la poesía de F. I. Tiútchev: “Estas pobres aldeas, esta mísera naturaleza...” (1855).

damente pecaminoso, pero que le ama de todo corazón, como un niño. La acción pasa en España, en Sevilla, en los tiempos más pavorosos de la Inquisición, cuando a la mayor gloria de Dios las hogueras ardían diariamente en el país,

*En magníficos autos de fe
quemaban a los malos heréticos.*

Desde luego, ése no era su descenso a la tierra, tal como aparecerá, según promesa suya, al fin de los tiempos, en toda su gloria celestial, repentinamente

*“Como un rayo
que brille del Oriente al Occidente”*

No, quiso sólo visitar a sus hijos por un momento, precisamente donde crepitaban las hogueras de los heréticos. Por su misericordia infinita; desciende una vez más entre los hombres en la misma forma humana en que vivió entre la gente quince siglos antes. Desciende a las “tórridas plazas y calles” de la ciudad meridional donde la víspera, en presencia del rey, de cortesanos, de caballeros, de cardenales, de hermosísimas damas de la corte, ante la numerosa población de toda Sevilla, el cardenal Gran Inquisidor había hecho quemar poco menos de un centenar de herejes

Ad majorem gloriam Dei.

Aparece El, sin pregonarlo, imperceptiblemente, pero he aquí que todos —es raro— le reconocen. La muchedumbre, arrastrada por una fuerza invencible, se dirige hacia El, le rodea, se apelotona en torno a El, le sigue. El camina en silencio entre el pueblo con una dulce sonrisa de infinita compasión. Arde en su corazón el sol del Amor; de sus ojos fluyen los rayos de la Luz, de la Ilustración y de la Fuerza, derramándose sobre los hombres y despertando en sus corazones un amor recíproco.

El tiende hacia ellos los brazos, los bendice; del contacto con El, hasta con sus vestidos, surge una fuerza salutífera. De entre la muchedumbre grita un viejo, ciego. desde su infancia:

“Señor, cúrame, y entonces te veré”

Y he aquí que le salen de los ojos como unas escamas y el ciego le ve. El pueblo llora y besa la tierra por la que El ha pasado. Los niños le echan flores delante, gritándole:

“*¡Hosanna!*”

“*Es El, es El mismo —repiten todos—, debe ser El, no puede ser otro que El.*”

Se detiene ante el atrio de la catedral de Sevilla en el mismísimo instante en que, entre llantos, introducen en el templo un pequeño ataúd blanco, abierto: yace en él una niña de siete años, la hija única de un ciudadano ilustre. La criaturita va cubierta de flores: “*El resucitará a tu hija*”, gritan desde la muchedumbre a la madre, que llora. ·El capellán de la catedral, que ha salido al encuentro del féretro, mira, perplejo, y frunce las cejas. ·Pero he aquí que resuena el lamento de la madre de la niña muerta. La mujer se arroja a los pies de El: “*Si eres tú, ¡resucita a mi hija!*”, exclama, tendiendo hacia El los brazos. El cortejo se detiene, bajan el pequeño féretro al suelo, en el atrio, a los pies de El. El mira con compasión y sus labios pronuncian una vez más, suavemente: “*Talitha kumi - levántate, doncella.*” La niña se levanta en el féretro, se sienta y mira a su alrededor, sonriente, abiertos sus sorprendidos ojos. Tiene en las manos el ramo de rosas blancas con que yacía en el ataúd. La gente se emociona, grita, llora.

De pronto, en ese mismísimo momento, cruza la plaza, por delante del templo, el propio cardenal, Gran Inquisidor. Es un anciano de casi noventa años, alto y erguido, de cara enjuta, de ojos hundidos, pero en los que brilla aún cierto fulgor, como una chispita de fuego. Oh, no viste sus espléndidas ropas cardenalias, las que lucía el día anterior ante el pueblo al quemar a los enemigos de la fe romana; no, en ese momento no lleva más que un viejo y tosco hábito monacal. A una determinada distancia, le siguen sus siniestros auxiliares y sus esclavos, así como la “sagrada” guardia. Se detiene ante la muchedumbre y observa desde lejos. Lo ha visto todo, ha visto cómo bajaban el ataúd y lo ponían a sus pies, ha visto cómo la doncella resucitaba; el

rostro se le ha ensombrecido. Frunce sus pobladas cejas canosas y su mirada centellea con siniestro fuego. Extiende su índice y manda a su guardia que lo detengan.

Es tanta la fuerza del Gran Inquisidor, hasta tal punto tiene al pueblo domado, sometido, acostumbrado a obedecerle temblando, que la muchedumbre inmediatamente abre paso a la guardia, y los hombres armados, en medio del silencio sepulcral que de repente se ha producido, lo arrestan y se lo llevan. La muchedumbre toda, como un solo hombre, en un momento inclina sus cabezas hasta el suelo ante el viejo inquisidor, quien, sin decir palabra, bendice al pueblo y se aleja.

La guardia conduce al Prisionero al viejo caserón del Santo Oficio, y lo encierra en un estrecho calabozo abovedado. Pasa el día, llega la noche de Sevilla, oscura, calurosa, “sin aliento”. El aire “despide aromas de laurel y limonero”.⁵ Entre las profundas tinieblas, se abre de pronto la puerta de hierro del calabozo y el viejo Gran Inquisidor en persona entra lentamente con un candil en la mano. Va solo; tras él, la puerta se cierra al instante. Se detiene pasado el umbral y le contempla el rostro largo rato, un minuto, quizá dos. Por fin se le acerca con lento paso, deja el candil sobre la mesa y le dice:

—*¿Eres tú? ¿Tú? —Pero, como no recibe respuesta, añade rápidamente—: No contestes, calla. Además, ¿qué podrías decir? Sé demasiado lo que dirías. No tienes derecho a añadir nada a lo que antes ya dijiste. ¿Por qué has venido a estorbarnos? Pues tú has venido a estorbarnos, y lo sabes. Pero ¿sabes lo que pasará mañana? No sé quién eres ni quiero saberlo: si eres tú o sólo una semejanza suya; pero mañana te condenaré y te haré quemar en la hoguera como al más vil de los herejes; el mismo pueblo que hoy te ha besado los pies, mañana mismo, a una señal mía, se lanzará a avivar las brasas de tu hoguera, ¿lo sabes? Sí, es posible que lo sepas* —añadió, prosiguiendo su penetrante cavilación, sin apartar la mirada de su Prisionero.

5 De “El invitado de piedra”, de Pushkin; escena II.

“¿Tienes derecho a revelarnos aunque sólo sea uno de los misterios del mundo de que procedes?”, le pregunta mi viejo, y él mismo responde por el Prisionero: “No, no tienes derecho a hacerlo, para no añadir algo a lo que fue dicho antes y para no desposeer a los hombres de la libertad que Tú tanto defendiste, durante tu paso por la tierra. Todo cuanto revelles ahora por primera vez, atentará contra la libertad de la fe de los hombres, pues se presentará como un milagro; en cambio, hace mil quinientos años colocabas tú por encima de todo la libertad de su fe. Tú fuiste quien dijo entonces con tanta frecuencia: ‘Quiero haceros libres’.

Pero ahora has visto a estos hombres ‘libres’ Sí, esto nos ha costado muy caro , pero, al fin, hemos rematado esta obra en tu nombre. Durante quince siglos hemos estado atormentándonos con esa libertad, pero ahora la cosa está terminada y remachada. ¿No crees que está bien terminada? ¿Me miras con dulzura y no me consideras digno, siquiera, de tu indignación? Has de saber que ahora, precisamente hoy, estos hombres están más plenamente convencidos que nunca de que son libres por completo, pese a que ellos mismos nos han traído su libertad y la han depositado sumisamente a nuestros pies. Pero esto lo hemos hecho nosotros. ¿Era esto lo que tú deseabas, era ésta la libertad?”

Y el cautivo permanece callado.

“Pues, sólo ahora ha sido posible pensar por primera vez en la felicidad de la gente. Al hombre se le dio una naturaleza levantisca; ¿acaso los levantiscos pueden ser felices? Te advirtieron , no te faltaron advertencias e indicaciones, pero no hiciste caso a las advertencias, rechazaste el único camino por el que se podía hacer felices a los hombres; mas, por suerte, al marcharte, pusiste tu obra en nuestras manos. Lo prometiste, lo confirmaste con tu palabra, nos concediste el derecho de atar y desatar; ahora, desde luego, no puedes ni pensar en quitarnos este derecho. ¿Por qué has venido a estorbarnos?”

Y el cautivo permanece callado.

“El espíritu terrible e inteligente, el espíritu de la autodestrucción y del no ser , el gran espíritu, habló contigo en el desierto, y según se nos comunica por los Libros, te ‘tentó’. ¿Es eso cierto? ¿Cabía decir algo más verdadero de lo que te comunicó en las tres preguntas, que tú rechazaste, y que en los Libros se llaman ‘tentaciones’? Y es el caso que si en la tierra ha habido alguna vez un milagro atronador verdaderamente auténtico, fue aquel día, el día de esas Tres Tentaciones. El milagro consistía precisamente en el hecho de que las tres preguntas se formularan.

Si fuera posible imaginar, sólo como prueba y a modo de ejemplo, que esas tres preguntas del terrible espíritu se han perdido sin dejar huella en los Libros y que es necesario restablecerlas, idearlas y componerlas para introducirlas de nuevo en ellos; que se reúne, para eso, a todos los sabios de la tierra, hombres de gobierno, altos dignatarios de la Iglesia, científicos, filósofos y poetas, y se les dice: idead y componed tres preguntas, pero que correspondan no sólo a la magnitud del acontecimiento, sino que, además, expresen en tres palabras, en sólo tres frases humanas toda la historia futura del mundo y de la humanidad; ¿crees tú que toda esa sabiduría de la tierra reunida podría idear algo ni siquiera parecido, por su fuerza y profundidad, a las tres preguntas que realmente te formuló entonces, en el desierto, el espíritu poderoso e inteligente? Por estas solas preguntas, por el solo milagro de su formulación, es posible comprender que no se trata de la inteligencia humana corriente, sino de lo perdurable y absoluto. Pues en esas tres preguntas está como englobada en un todo y predicha toda la historia ulterior de la humanidad, y se dan los tres modelos a que se reducen todas las insolubles contradicciones históricas de la naturaleza humana en toda la tierra.

Entonces, ello no podía ser aún tan patente porque se descocía el futuro; pero ahora, cuando han transcurrido quince

siglos, vemos que todo se halla en las tres preguntas; hasta tal punto había sido todo previsto y predicho, y se ha justificado hasta tal punto, que no es posible ni añadirle ni quitarles nada.

“Juzga, pues, tú mismo quién tenía razón: ¿Tú, o aquel que entonces te interrogó? Recuerda la primera pregunta; aunque no la formule literalmente, su sentido era: ‘Tú quieres ir al mundo y vas con las manos vacías, con cierta promesa de libertad que los hombres, por su simplicidad y su depravada naturaleza, no pueden ni siquiera concebir, y que, además, temen con pavor, pues para el hombre y la sociedad humana no existe ni ha existido nunca nada más insopportable que la libertad. ¿Ves estas piedras del desierto árido y tórrido? Conviértelas en panes y detrás de ti correrá la humanidad como un rebaño, agradecido y sumiso, aunque siempre estremecido por el temor de que retires tu mano y se queden sin tu pan. Pero tú no quisiste privar al hombre de libertad y rechazaste la proposición, pues ¿cómo puede hablarse de libertad, razonaste tú, si la obediencia se compra con pan? Tú objetaste que:

NO SOLO DE PAN VIVE EL HOMBRE

pero ¿sabes tú que en nombre de este pan terrenal se alzará contra ti el espíritu de la tierra, luchará y te vencerá, y que todos le seguirán gritando: ‘¡Quién puede compararse a esta bestia, que nos ha dado el fuego del cielo!’ ¿Sabes tú que pasarán los siglos .y que la humanidad, con su sabiduría y su ciencia, proclamará que el crimen no existe y que, por tanto, no existe tampoco el pecado, sino que existen sólo seres hambrientos. ¡Dales de comer y exígeles, entonces, virtud’, esto es lo que escribirán en la bandera que elevarán contra ti y con la que destruirán tu templo. Un nuevo edificio se elevará en el lugar de tu templo, otra vez se edificará espantosa Torre de Babel, y aunque tampoco ésta llegará a construirse, como no se construyó la primera, tú habrías podido evitar esta segunda torre y reducir en mil años los sufrimientos de

los hombres, pues ¡vendrán hacia nosotros, después de haberse atormentado durante mil años con su torre! Vendrán a buscarnos otra vez bajo tierra, en catacumbas, donde nos habremos escondido (pues de nuevo seremos perseguidos y martirizados), nos encontrarán y clamará: ‘Dadnos de comer, pues quienes nos habían prometido el fuego de los cielos no nos lo han dado!’ Entonces acabaremos de construir su torre, pues su construcción la terminará quien dé de comer, y sólo nosotros lo haremos, en nombre tuyo, mintiendo al decir que damos de comer en tu nombre.

¡Oh, nunca, nunca podrán nutrirse sin nosotros! Ninguna ciencia les proporcionará pan mientras permanezcan libres, pero al fin pondrán su libertad a nuestros pies y dirán:

‘Mejor es que nos esclavicéis, pero dadnos de comer.’

Al fin comprenderán ellos mismos que son incompatibles la libertad y el pan terrenal, en cantidad suficiente para que cada hombre pueda comer el que quiera, pues nunca, ¡nunca sa-brán repartirlo entre si! Se convencerán también de que nunca podrán ser tampoco libres, porque son débiles, viciosos, mezquinos y rebeldes. Tú les has prometido el pan celestial, pero, repito una vez más, ¿puede éste compararse con el de la tierra, a los ojos del débil género humano, eternamente depravado y eternamente ingrato? Y si en nombre del pan celestial a ti te siguen miles y decenas de miles de seres humanos, ¿qué será de los millones y de las decenas de millones de hombres que carecerán de fuerzas para renunciar al pan de la tierra a cambio del celeste? ¿O estimas únicamente a unas decenas de miles grandes y fuertes, mientras que los demás, que suman millones, que son innumerables como las arenas del mar, que te aman, aunque son débiles, han de servir tan sólo como sim-ples materiales para los grandes y fuertes? No, para nosotros también los débiles son dignos de estimación. Son viciosos y rebeldes, pero al fin son ellos los que se harán sumisos.

Quedarán admirados de nosotros y nos tendrán por dioses porque, al ponernos al frente de ellos, habremos aceptado la

carga de la libertad, y de su gobierno, ¡hasta tal punto les resultará, al fin, espantoso ser libres! Pero les diremos que te obedecemos a ti y que dominamos en nombre tuyo. Los engañaremos otra vez, pues a ti, desde luego, no te dejaremos acercar. En esta impostura radicará nuestro sufrimiento, pues nos veremos obligados a mentir. Ya ves lo que significaba aquella primera pregunta del desierto y-lo que rechazaste en nombre de la libertad, que situaste por encima de todo. El hecho es que en dicha pregunta radicaba el gran misterio de este mundo. De haber aceptado ‘los panes’, habrías respondido a la angustia universal y eterna de la humanidad, tanto considerada en sus individuos como tomada en su conjunto, a saber: ‘¿ante quién inclinarnos?’ para el hombre no hay preocupación más constante y atormentadora que la de buscar cuanto antes, siendo libre, ante quién inclinarse.

Pero lo que el hombre busca es inclinarse ante algo que sea indiscutible, tanto, que todos los hombres lo acepten de golpe y unánimemente. Pues la tribulación de estas lamentables criaturas no estriba sólo en buscar aquello ante lo cual yo u otro podamos inclinarnos, sino en buscar una cosa en la que crean todos y a la que todos reverencien, todos juntos, sin falta. Esta necesidad de comunión en el acatamiento constituye el tormento principal de cada individuo así como de la humanidad en su conjunto desde el comienzo de los siglos. En nombre de este acatamiento colectivo, los hombres se han aniquilado entre sí con la espada. Han creado dioses y se han retado exclamando: ‘Arrojad a vuestros dioses y venid a rendir acatamiento a los nuestros; de lo contrario moriréis vosotros y los dioses vuestros!’ Y así será hasta el fin del mundo, incluso cuando en el mundo hayan desaparecido los dioses: igualmente caerán ante los ídolos.

Tú conocías, tú debías conocer, forzosamente, este secreto fundamental de la naturaleza humana, pero rechazaste la única bandera, absolutamente la única, que se te ofreció para obligar a todo el mundo a que se inclinara ante ti sin discusión: la bandera del pan terrenal, que rechazaste en

nombre de la libertad y del pan del cielo. Contempla lo que hiciste luego. ¡Otra vez, en nombre de la libertad! Te digo que no existe para el hombre preocupación más atormentadora que la de encontrar a quien hacer ofrenda, cuanto antes, del don de libertad con que este desgraciado ser nace. Pero sólo llega a dominar la libertad de los hombres aquel que tranquiliza sus conciencias. Con el pan se te ofrecía una bandera indiscutible: das el pan y el hombre se inclina, pues no hay nada más indiscutible que el pan; pero si, al mismo tiempo, alguien domina la conciencia del hombre independientemente de ti, entonces, el hombre hasta arrojará tu pan y seguirá a aquel que le ha seducido el alma. En esto tú tenías razón. Pues el misterio de la existencia humana no estriba sólo en el vivir, sino en el para qué se vive. Sin una firme idea del para qué de su vida, el hombre no querrá vivir y preferirá matarse a permanecer en la tierra, aunque en torno suyo todo fueran panes. Esto es así, pero qué sucedió: en vez de dominar la libertad de las gentes, ¡tú se la hiciste aún mayor!

¿Acaso has olvidado que la tranquilidad y hasta la muerte son más caros al hombre que la libre elección en el conocimiento del bien y del mal? Nada hay más seductor para el hombre que la libertad de su conciencia, pero nada hay tampoco más atormentador. Pues bien, en vez de bases firmes para tranquilizar, de una vez para siempre, la conciencia de los hombres, tú tomaste cuanto hay de extraordinario, misterioso e indefinido, cogiste cuanto rebasa las fuerzas de los hombres, y por esto obraste como si no les tuvieras ningún amor, ¡y esto lo hiciste tú, que viniste a dar la vida por ellos! En vez de apoderarte de la libertad humana, la multiplicaste, y gravaste así, con los tormentos que provoca, el reino anímico de los hombres por los siglos de los siglos.

Quisiste que el amor del hombre fuera libre para que el hombre te siguiera por sí mismo, encantado y cautivado por ti. En lugar de la firme y antigua ley, el hombre, de corazón libre, tenía que decidir en adelante dónde estaba el bien y dónde estaba el mal, sin tener otra cosa, para guiarse, que

tu imagen ante los ojos. Pero ¿es posible que no pensaras en que al fin el hombre te rechazaría y que discutiría incluso tu imagen y tu verdad, si le iban a oprimir con una carga tan espantosa como es la libertad de elección? Proclamará, al fin, que la Verdad no está en ti, pues no era posible dejarlos en mayor confusión y tormento de lo que hiciste tú al sumirlos en tantas preocupaciones y tantos problemas insolubles. De este modo, tú mismo sentaste la base para la destrucción de tu propio reino, y no culpes a nadie más a este respecto. Sin embargo, ¿qué era lo que se te proponía? Hay tres fuerzas, en la tierra, únicamente tres fuerzas que pueden vencer y cautivar por los siglos de los siglos la conciencia de estos canijos rebeldes, por su propia felicidad, y estas fuerzas son:

EL MILAGRO, EL MISTERIO Y LA AUTORIDAD

Tú rechazaste el primero, el segundo y la tercera; diste, así, el ejemplo. Cuando el espíritu terrible y sabio te situó en el pináculo del templo y te dijo: ‘Si quieres saber si eres el Hijo de Dios, precipítate en el vacío, porque está dicho que a Aquel los ángeles le sostendrán y le llevarán, y El no caerá ni se hará daño alguno; así sabrás si eres o no el Hijo de Dios y demostrarás tu fe en tu Padre’; pero tú, después de escucharle, rechazaste su proposición, no cediste y no te arrojaste al vacío. Oh, sí, obraste en este caso orgullosa y magníficamente, como un Dios, pero la gente, la débil tribu rebelde, ¿está formada por dioses? Oh, tú comprendiste entonces que, dando aunque fuera un solo paso, haciendo un simple movimiento como para echarte al vacío, habrías tentado inmediatamente al Señor y habrías perdido toda la fe en El, te habrías destrozado contra la tierra que habías venido a salvar; se habría regocijado el espíritu inteligente que te tentaba. Pero, repito, ¿hay muchos como tú? ¿Es posible que tú pudieras admitir, en realidad, aunque fuera un momento, que los hombres podrían resistir una tentación semejante? ¿Ha sido creada la naturaleza humana de modo que sea capaz de rechazar un milagro, y en momentos tan terribles de la vida, cuando se le plantean los problemas es-

pirituales más espantosos, fundamentales y atormentadores, pueda quedarse sólo con las libres resoluciones de su corazón? Oh, tú sabías que tu heroico hecho se conservaría en los Libros y alcanzaría la profundidad de los tiempos así como los últimos confines de la tierra; esperabas que, siguiéndote a ti, también el hombre conservara a Dios sin necesidad de milagros. Pero tú no sabías que tan pronto el hombre rechaza el milagro, por poco que sea, rechaza inmediatamente, asimismo, a Dios, pues el hombre busca no tanto a Dios como al milagro. Y como quiera que el hombre no tiene fuerzas para quedarse sin milagros, crea otros, que ya son tuyos, y se inclina ante el milagro del curandero, ante la brujería, aunque sea cien veces rebelde, hereje y ateo. Tú no bajaste de la cruz cuando te gritaban, ensañándose y burlándose:

‘Bájate de la cruz y creeremos que eres tú.’

No bajaste, porque no quisiste tampoco esclavizar al hombre con un milagro, anhelabas una fe libre, no milagrosa. Anhelabas un libre amor, no el servil entusiasmo del esclavo ante un poderío que les aterrorizara de una vez para siempre. Pero también en este caso juzgaste de los hombres desde excesiva altura, pues son esclavos, aun habiendo sido creados rebeldes.

Mira y juzga, han transcurrido quince siglos, contempla a los hombres: ¿a quién has elevado hasta ti? Te lo juro, ¡el hombre ha sido creado más débil y bajo de lo que tú te imaginabas! ¿Acaso puede cumplir él lo que tú? Le has estimado tanto que has obrado como si dejaras de sentir compasión por él, pues le has exigido demasiado, y eso tú, ¡tú, que les has amado más que a ti mismo! De haberle estimado menos, le habrías exigido menos, y ello habría sido más próximo al amor, pues su carga sería más ligera. El hombre es débil y vil. ¿Qué importa que ahora se alce en todas partes contra nuestro poder y se jacte de que se subleva? Este es el orgullo del niño y del escolar. Los hombres son como niños que se han amotinado en clase y han echado al maestro. Pero tam-

bien se acabará el alborozo de los niños, y les costará caro. Demolerán los templos e inundarán de sangre la tierra. Mas al fin, esos estúpidos niños se darán cuenta de que, aunque rebeldes, tienen pocas fuerzas, y son incapaces de resistir su propia sublevación. Derramando estúpidas lágrimas comprenderán, por último, que quien los ha creado rebeldes, quizo, sin duda, burlarse de ellos. Lo dirán desesperadamente, y lo que habrán dicho será una blasfemia que los hará más desdichados, pues la naturaleza humana no soporta blasfemia y al fin se venga de esta última.

Tenemos, pues, inquietud, confusión e infortunio, ¡tal es el destino de los hombres después de cuanto has sufrido tú por su libertad! Tu gran profeta⁶ dice, según su aparición alegórica, que vio a todos los participantes en la primera resurrección y que había doce mil por cada tribu. Pero, aun siendo tantos, eran no como hombres, sino más bien dioses. Habían soportado tu cruz, habían soportado decenas de años de vida hambrienta en el árido desierto, nutriéndose de langostas y de raíces; desde luego, puedes señalar con orgullo a estos hijos de la libertad, del libre amor, del sacrificio libre e impONENTE en tu nombre. Mas recuerda que en total sólo eran unos miles y aún se trataba de dioses; pero ¿y los demás? ¿De qué son culpables los débiles hombres restantes que no pudieron soportar lo que los fuertes? ¿Qué culpa tiene el alma débil, sin fuerzas suficientes para dar cabida en sí a dones tan espantosos? ¿O es que, en verdad, viniste sólo a los elegidos y para los elegidos? Si es así, aquí hay un misterio incomprensible para nosotros. Y si hay un misterio, también nosotros teníamos derecho a pregonarlo y a enseñar a los hombres que lo importante no es la libre elección de los corazones y el amor, sino el misterio, al que deben someterse ciegamente, incluso a pesar de su conciencia. Esto es lo que hemos hecho.

Nosotros hemos rectificado tu obra y la hemos basado en:

⁶ San Juan Evangelista, autor del Apocalipsis, uno de los libros predilectos de Dostoievski en los últimos años de su vida, según testimonio del escritor ruso V. S. Soloviov (1849-1903).

EL MILAGRO, EL MISTERIO Y LA AUTORIDAD

Los hombres se han puesto muy contentos al verse conducidos otra vez como un rebaño y al darse cuenta de que, por fin, se les ha retirado de los corazones aquel espantoso don, que tantos sufrimientos les había acarreado. ¿No teníamos razón, al enseñar y obrar de este modo? Dime, ¿no la teníamos? ¿No amábamos, por ventura, a la humanidad, al reconocer tan humildemente impotencia, al aligerarla con cariño de su carga, al tolerar a su débil naturaleza a pecar, a condición de que sea con nuestro permiso? ¿Por qué, pues, vienes ahora a estorbarnos? ¿Y qué es eso de mirarme fijamente-con tus dulces ojos, sin decir nada? Enójate, no deseo tu amor, porque tampoco yo te amo. ¿Para qué ocultártelo? ¿No sé, por ventura, con quién estoy hablando? Todo cuanto tengo que decirte, ya lo sabes, te lo leo en los ojos. ¿Te oculto, acaso, nuestro secreto? Quizá lo que tú quieras es escucharlo precisamente de mis labios, pues escucha: nosotros no estamos contigo, sino con él, ¡éste es nuestro secreto!

Hace mucho tiempo que estamos con él y no contigo, hace ya ocho siglos. Hace exactamente ocho siglos que aceptamos de él lo que tú rechazaste indignado, el último don que te ofreció al mostrarte todos los reinos de la tierra: aceptamos de él Roma y la espada del César y nos declaramos reyes de la tierra, reyes únicos, aunque no hemos tenido tiempo aún de llevar hasta su plena realización nuestra empresa. ¿Pero, de quién es la culpa?

Oh, nuestra empresa hasta ahora no ha pasado de su comienzo, pero la hemos comenzado. Hay que esperar aún largo tiempo para culminarla, la tierra todavía sufrirá mucho, pero alcanzaremos nuestro objetivo y seremos césares; entonces pensaremos en la felicidad de los hombres en toda la tierra. No obstante, ya entonces tú habrías podido tomar la espada del César. ¿Por qué rechazaste este último don?

7 Referencia a la fundación del Estado de la Iglesia en el año 756 (cesión de tierras en Italia central al Papa Esteban II por Pepino el Breve), ocho siglos antes de la época en que Dostoievski sitúa la acción de la leyenda (s. XVI).

Si hubieras aceptado este último consejo del espíritu poderoso, habrías proporcionado al hombre cuanto busca en la tierra, es decir, un ser ante el que inclinarse, un ser al que confiar la conciencia, y también a manera de que todos se unan, al fin, en un hormiguero indiscutible, común y bien ordenado, pues la necesidad de una unión universal constituye el tercero y último tormento de la gente. La humanidad, en su conjunto, siempre ha tendido a organizarse precisamente sobre una base universal. Ha habido muchos grandes pueblos de gloriosa historia; pero cuanto más se elevaron, tanto más desgraciados fueron, pues sintieron con más fuerza que los otros la necesidad de que el género humano se una en el plano mundial. Los grandes conquistadores, los Tamerlán y Gengis-Khan pasaron como un raudo torbellino sobre la tierra, afanosos de conquistar el universo, pero incluso ellos, aunque conscientemente, eran expresión de esa misma necesidad que la humanidad experimenta de llegar a unirse plena y universalmente. De haber aceptado el mundo y el purpúreo manto del César, habrías fundado el reino universal y habrías asegurado la paz en la tierra. Porque, ¿quién va a dominar a las gentes, sino aquellos que dominen las conciencias de hombres y tengan el pan en sus manos? Nosotros tomamos la espada del César; al hacerlo te rechazamos, naturalmente, y fuimos tras él. Oh, sí, transcurrirán aún siglos enteros en que la mente libre campará por sus respetos, habrá siglos de ciencia humana y de antropofagia, porque habiendo comenzado a edificar sin nosotros su torre de Babel, los hombres acabarán en la antropofagia. Pero, entonces, la bestia se arrastrará hasta nosotros y nos lamerá los pies a la vez que nos los rociará con sus lágrimas de sangre. Nosotros montaremos sobre la bestia y elevaremos hacia el cielo una copa en la que habremos escrito:

‘MISTERIO’

Entonces, y sólo entonces, llegará para la gente el reino de la paz y de la felicidad. Tú te enorgulleces de tus elegidos, pero tú no tienes más que elegidos, mientras que nosotros tranqui-

lizaremos a todo el mundo. Y hay que ver, aún, cuán numerosos han sido los elegidos, los fuertes que podían llegar a ser elegidos y que, fatigados, al fin, de esperarte, han ofrendado y ofrendarán aún las fuerzas de su espíritu y el fuego de su corazón a otro campo, hasta terminar levantando contra ti su libre bandera. Pero tú mismo has izado tal bandera. En cambio, con nosotros, todos serán felices y no volverán a rebelarse ni a matarse unos a otros, como están haciendo hoy en todas partes gracias a la libertad que les has concedido. Oh, les persuadiremos de que únicamente serán felices cuando renuncien a su libertad en favor nuestro y se nos sometan a nosotros. Pues bien, ¿tendremos razón, o mentiremos? Ellos mismos se convencerán de que tenemos razón, pues recordarán los horrores de esclavitud y angustia a que los ha llevado tu libertad. La libertad, el librepensamiento y la ciencia, los conducirán a tal laberinto y los situarán en presencia de tales prodigios y misterios insolubles, que algunos hombres, los indomables y furiosos, se matarán a sí mismos; otros, indomables, pero poco fuertes, se matarán entre sí, y un tercer grupo, los que queden, débiles y desdichados, se arrastrarán a nuestros pies y clamará:

‘Sí, vosotros teníais razón,
únicamente vosotros estabais en posesión de su misterio
y volvemos a vosotros,
¡salvadnos de nosotros mismos!

Al recibir el pan de nuestras manos, verán, naturalmente, con toda claridad, que nosotros les tomamos su propio pan, el que han obtenido con sus propias manos, para distribuirlo entre ellos, sin milagro alguno; verán que no hemos convertido las piedras en panes, pero en verdad estarán más contentos aún que de recibir el pan, el recibirlo de nuestras manos. Pues recordarán muy bien que antes, sin nosotros, los panes obtenidos por ellos, en sus propias manos se convertían en piedras; en cambio, habiendo vuelto a nosotros, las piedras mismas, en sus manos, se transforman en pan. ¡Comprendrán muy bien, demasiado bien, lo que significa subordinarse

de una vez para siempre! Mientras no lo comprendan, los hombres no serán felices.

Dime, ¿quién ha contribuido más que nadie a esta incomprendión? ¿Quién ha dividido el rebaño y lo ha dispersado por caminos ignotos? Pero el rebaño volverá a reunirse y volverá a someterse ya de una vez para siempre. Entonces les daremos una felicidad tranquila y mansa, una felicidad de seres débiles, tales como han sido creados. Oh, les convenceremos, finalmente, de que no se enorgullezcan, pues tú los has elevado y les has enseñado a enorgullecerse; les demostrarímos que son débiles, que no son más que unos lamentables niños, que la más dulce de las felicidades es la felicidad infantil. Se volverán tímidos, empezarán a mirarnos y a apretarse contra nosotros, medrosamente, como los polluelos contra la clueca. Se sorprenderán, se estremecerán de horror ante nosotros, y se sentirán orgullosos de nuestro poder y de nuestra inteligencia, de que hayamos sido capaces de someter un rebaño tan turbulento de miles de millones de hombres. Temblarán, sin fuerzas, ante nuestra cólera; se entorpecerán sus inteligencias; de sus ojos fluirán frecuentes lágrimas, como ocurre con los niños y las mujeres, pero con la misma facilidad y a voluntad nuestra pasarán a la alegría y a la risa, a la alegría luminosa y a la feliz cancioncita infantil. Sí, les obligaremos a trabajar, mas para las horas libres de su labor les organizaremos la vida como un juego infantil, con canciones infantiles, cantadas a coro, y con inocentes danzas.

Oh, sí, les daremos permiso para que pequen, pues son criaturas débiles e impotentes, y nos amarán como niños porque les permitimos pecar. Les diremos que todo pecado puede ser redimido, si se ha cometido con nuestro consentimiento; les permitiremos pecar porque los amamos; en cambio, los castigos correspondientes, los cargaremos sobre nosotros, ¡qué le vamos a hacer! Cargaremos con sus pecados pero ellos nos adorarán como a sus bienhechores que cargan con sus pecados ante Dios. No tendrán secreto

alguno para nosotros. Les permitiremos o les prohibiremos vivir con mujeres y amantes, tener o no tener hijos, según sea su obediencia, y ellos se nos someterán con satisfacción y alegría. Nos comunicarán los secretos más atormentadores de sus conciencias, todo, todo lo pondrán en nuestro conocimiento, y todo se lo resolveremos nosotros; ellos aceptarán con alegría nuestras resoluciones porque así les liberaremos de la gran preocupación y de los terribles sufrimientos que sienten ahora al tener que tomar una resolución personal y libre.

Todos serán felices, todos los millones de seres, excepto unos cien mil dirigentes. Pues sólo nosotros, depositarios del secreto, sólo nosotros seremos desdichados. Habrá miles de millones de criaturas felices y cien mil mártires que tomarán sobre sí la maldición de conocer el bien y el mal. Los primeros morirán dulcemente, suavemente se apagarán en tu nombre, y tras la tumba no hallarán más que la muerte. Pero nosotros conservaremos el secreto y para su propia felicidad los cautivaremos con el premio del cielo y de la vida eterna. Pues aunque hubiera algo en el otro mundo, no sería, desde luego, para hombres como ellos.

Dicen y profetizan que tú volverás y de nuevo vencerás; vendrás con tus elegidos, orgullosos y fuertes, pero nosotros diremos que ellos se salvaron sólo a sí mismos, mientras que nosotros hemos salvado a todos. Dicen que será cubierta de oprobio la ramera sentada sobre la bestia, con el cáliz del misterio en sus manos, que volverán a rebelarse los débiles y que desgarrarán la purpúrea túnica de ella y dejarán al desnudo su ‘abominable’ cuerpo. Pero entonces me levantaré yo y te mostraré los miles de millones de criaturas felices que desconocen el pecado. Y nosotros, que, por su felicidad, hemos tomado la carga de sus pecados, nos pondremos ante ti y diremos:

‘Júzganos, si puedes y te atreves.’

8 Apocalipsis, XVII, 3, 4.

Has de saber que no te temo. Has de saber que también yo he estado en el desierto, que también yo me he nutrido de langostas y raíces, que también yo he bendecido la libertad, con la que tú bendeciste a las gentes, y que me preparaba para ingresar en el número de tus elegidos, en el número de los poderosos y fuertes, ardiendo en deseos de ‘completar el número’. Pero abrí los ojos y no quise ponerme al servicio de la insensatez. Me volví y me adherí al puñado de los que rectificaban la obra tuya. Me aparté de los orgullosos y regresé al lado de los humildes para hacer su felicidad. Lo que te digo, se cumplirá, se establecerá nuestro reino. Te lo repito, mañana mismo verás este obediente rebaño precipitarse a la primera señal mía, a atizar las llamas de tu hoguera, en la que te quemaremos por haber venido a estorbarnos. Pues si ha habido alguien que ha merecido nuestra hoguera más que nadie, eres tú, Mañana te quemaré. Dixi.”

El Inquisidor termina, espera un rato a que el Prisionero, le responda. El silencio que el Cautivo guarda le resulta penoso. Mientras él había hablado, el Prisionero se había limitado a escucharle atenta y mansamente, mirándole a los ojos, por lo visto sin desear contestarle nada. El viejo quería que el otro le dijera algo, aunque fuese amargo y terrible. Pero El, de pronto, sin decir una palabra, se le acerca y le besa dulcemente los exangües labios nonagenarios. Esta es toda su respuesta. El viejo se estremece. Algo tiembla en los extremos de sus labios; se dirige a la puerta, la abre y dice: “Vete y no vuelvas más... no vuelvas nunca... ¡nunca, nunca!” Y le deja salir “a las oscuras plazas y calles de la ciudad”. El Prisionero se va, dejando en el corazón del Inquisidor la quemadura de su beso.

El INQUISIDOR sale para retomar su tarea...

EPÍLOGO

El siglo XIX tuvo sus propios referentes de la verdad, el nuestro (S.XX) se mantiene en la ignorancia de los suyos. Marx, Kierkegaard, Poe, Rimbaud, Dostoievski fueron los fiscales implacables de su tiempo que los sacrificó, mientras los lúcidos adivinos del nuestro los idolatran. A nosotros no nos queda más que vernos reflejados en sus visiones, incapaces de expresar nuestra realidad que ellos sí reconocieron en sus alucinaciones o en sus premoniciones dialécticas.

Tenemos la suerte, sin embargo, de poder escuchar nuestras verdades por la boca de Iván Karamazov, el mentiroso y visionario a quien Dostoievski confió, inesperadamente, la misión de revelarnos su último mensaje.

Por decirlo de alguna manera, Iván Karamazov llevó una existencia póstuma. Se vió apartado del cerebro de su creador ante la preferencia de éste por Aliocha, su hermano de alma cristiana al que presentó, explícitamente, como el héroe de su novela. Fue, sin lugar a dudas, la intención de debilitar la enorme vitalidad de su ficción la que llevó a Dostoievski a hacer caer a Iván en la locura. No deseaba que éste, en su absurdo rechazo a admitir la lógica y la racionalidad, mantuviera una clarividencia capaz de afrontar la absurdidad de la fe. Pero si Iván no pudo soportar hasta el final la totalidad del peso de sus propias revelaciones, consiguió, sin embargo, antes de hundirse, mantener toda su lucidez para dar a su grito de rebeldía el sentido de un mensaje social cuya validez se mantiene entera en la actualidad.

Iván Karamazov no será ya el cómplice del Gran Inquisidor al igual que Dostoievski no lo es de Iván. Es este últi-

mo el verdadero autor del poema y no Dostoievski a quien se le escapa su héroe aunque haya sido su creador.

El escritor ruso supo llevar el arte del desdoblamiento de su personalidad a un nivel tal de perfección que algunos de sus personajes parecen existir y querer vivir de manera independiente a su creador y, muy a menudo, a pesar de él. No es correcto afirmar que Dostoievski está de parte de Iván,¹ ni que está “a medias” con él.² El pensamiento de Iván no es en absoluto el del Dostoievski autor del *Diario de un escritor*. No importa que el escritor comparta tal o cual idea de su héroe o incluso su rebeldía. Lo que es realmente decisivo es que Iván rechace admitir lo que su espíritu “euclidianoy le sugiere y que, contrariamente al mismo Dostoievski –que a fin de cuentas fue un resignado– manifieste su rechazo a una actitud, por así decirlo, *existencial*, esforzándose en adoptar un tipo de vida que justifica la verdad de sus principios.

LA LEYENDA DEL GRAN INQUISIDOR es un poema oral. Iván Karamazov lo recita de memoria a su hermano Aliocha. Iván y Aliocha se habían encontrado en un cabaret en el que Dostoievski nos hace asistir a una larga conversación entre los dos hermanos en la que el mayor abre su corazón al más joven quien asume el rol de confidente. Los dos capítulos que, en la novela, preceden al relato imaginario, contienen la profesión de fe de Iván, la confesión de un alma atormentada por los problemas “esenciales”.

¿Cómo se vienen portando todos los muchachos rusos hasta hoy? ¿Algunos, por lo menos? Toma, por ejemplo, esta hedionda taberna; se reúnen aquí, se sientan en un rincón. Antes no se conocían; saldrán del local y pa-

1 Nicolas Berdiaeff, *El Espíritu de Dostoievski*.

2 Citado por Camus en *El Mito de Sísifo*. Camus suscribe un comentario de B. de Schloezer.

sarán cuarenta años sin volver a verse; pues bien, ¿de qué hablarán durante los momentos que estén juntos en la taberna? De los problemas mundiales, no de otra cosa: ¿existe Dios, existe la inmortalidad? Quienes no crean en Dios, éstos, se pondrán a hablar del socialismo y del anarquismo, de la reorganización de la humanidad entera según unos nuevos fundamentos, lo que lleva al mismo diablo, a los mismos problemas, aunque desde otro extremo. Son numerosos, son innumerables, los muchachos rusos, los de mayor originalidad, que en nuestro tiempo hablan tan solo de los problemas eternos. ¿No es así, acaso? –Sí; para los verdaderos rusos, los problemas de si existe Dios y de si existe la inmortalidad, o bien, como tú dices, los problemas vistos desde el otro extremo, desde luego los primeros, los que se encuentran ante todos y así ha de ser– respondió Aliosha, mirando a su hermano con la misma sonrisa dulce y escudriñadora.³

Iván está decidido a vivir y a disfrutar de la vida hasta la edad de treinta años –en el momento de la conversación tiene veinticuatro– y después “abandonar la fiesta”.

Vivirá “a pesar de la lógica”, amando la vida por encima del “sentido de la vida”. Pero en su deseo de huir de las angustias de su soledad insatisfecha, se siente bloqueado por las “preguntas eternas” que cree estar llamado a resolver.

Mucho más allá del problema de la existencia de Dios, a su espíritu le interesan los problemas del mundo elemental y humano, al ser Dios una creación del hombre. El concepto de Dios está fuera del alcance de su espíritu “euclidianoy que “solo tiene la noción de las tres dimensiones”. Aunque esté dispuesto a admitir a Dios y a la armonía eterna a pesar de la lógica, rechaza, sin embargo, aceptar el mundo tal como Dios lo ha creado.

³ Todas las citas del epílogo y el texto del poema “El Gran Inquisidor” están tomadas de la excelente traducción de Augusto Vidal (Ed. Bruguera)

Estoy convencido, como un crío, de que los sufrimientos desaparecerán sin dejar huella, de que la comicidad ultrajante de las contradicciones humanas se esfumará cual lamentable espejismo, cual odiosa invención de un ser débil y enano, como un átomo de la mente euclidiana del hombre; estoy convencido de que, por último, en el fin del mundo, en el momento de la armonía eterna, se dará y aparecerá algo tan valioso que bastará a todos los corazones para calmar todas las indignaciones, para redimir todos los crímenes de los hombres, toda la sangre vertida; será suficiente no sólo para que resulte posible perdonar, sino, además, justificar todo lo que ha sucedido a los hombres. Que sea y aparezca todo esto así, bien; pero no lo acepto ¡ni quiero aceptarlo! Que lleguen a converger las líneas paralelas y lo vea yo; lo veré y diré que han convergido, mas, a pesar de todo, no lo admitiré.

Iván cree que el amor al prójimo es imposible en la tierra. Cristo es inimitable. Pero si él se siente incapaz de amar “de cerca” a los hombres adultos, sabe que se puede amar a los niños, ya que nunca son feos. No posee esta “inteligencia principal” del príncipe Myshkin, el Idiota que sabe amar a todos los seres porque tiene la capacidad de tratar a todas las criaturas como a niños. Si Iván es todavía capaz de comprender que los adultos, incluso los inocentes, sufren— ¿acaso no han comido la fruta prohibida, discerniendo entre el bien y el mal?— qué podemos decir del sufrimiento de los niños? Se dice que deben expiar las faltas de sus padres. “Es una explicación perteneciente a otro mundo, incomprensible para el corazón humano de aquí abajo; un inocente no puede hacer sufrir a otro ¡Principalmente si se trata de un ser pequeño! Iván empieza a referir a su hermano el relato alucinante de atrocidades cometidas a niños. Se trata de historias sacadas de documentos auténticos que Iván, que es un “entusiasta de hechos y anécdotas”, ha sabido reunir.

De esta lúgubre sucesión de horrores, Iván saca él mismo la conclusión y el preludio del poema que se dispone recitar a Aliosha:

—Escúchame: me he referido sólo a los niños, para que resultara más evidente lo que decía. De las otras lágrimas humanas con que está empapada la tierra desde la corteza hasta el centro no diré ni una palabra... Tenemos, pues, que los propios hombres son culpables: se les dio el paraíso, ellos quisieron la libertad y robaron el fuego de los cielos, sabiendo a ciencia cierta que serían desgraciados; por tanto, no son dignos de lástima. Pero, según mi lamentable entendimiento, terrenal y euclidiano, lo único que sé es que el dolor existe y que no hay culpables, que una cosa se desprende de otra de manera directa y sencilla, que todo fluye y se equilibra, pero esto no es más que un absurdo euclidiano, yo lo sé y no puedo estar de acuerdo en vivir ateniéndome a ella. ¿Qué me importa a Mí que no haya culpables y que yo lo sepa? Lo que necesito yo es que se castigue; de lo contrario me destruiré a mí mismo. Y que sino aquí, en la tierra. Y que yo mismo lo vea. He tenido fe, quiero ver por mí mismo, y si cuando la Hora llegue ya he muerto, que me resuciten, pues si todo ocurre sin mí, resultará demasiado ofensivo. No he sufrido yo para embrutecer con mi ser, con mis maldades y sufrimientos, la futura armonía a alguien. Quiero ver con mis propios ojos cómo la cierva yace junto al león y como el acuchillado se levanta y abraza a su asesino. Quiero estar presente cuando todos, de súbito, se enteren del porqué las cosas han sido como han sido. En este deseo se asientan todas las religiones de la tierra, y yo tengo fe. Sin embargo, ahí están los niños, ¿Qué voy a hacer con ellos, entonces? Este es un problema que no puedo resolver. Lo repito por centésima vez: los problemas son múltiples, pero he tomado sólo el de los niños porque en éste se refleja con nítida claridad lo que quiero expre-

sar. Escucha: si todos hemos de sufrir para comprar con nuestro sufrimiento la Eterna armonía, ¿qué tienen que ver con ello los niños? ¿Puedes explicármelo, por ventura? Es totalmente incomprensible por qué han de sufrir ellos también y por qué han de contribuir con sus sufrimientos al logro de la armonía. ¿Por qué han de servir de material para embrutecer la futura armonía, ¿sabe Dios para quién?... Bien, comprendo cuál deberá ser la commoción cuando cielo y Tierra se unan en un solo grito de alabanza y todo cuanto viva o haya vivido exclame: “Tienes razón, Señor, pues se han abierto tus caminos...” Entonces, Naturalmente, se llegará a la apoteosis del conocimiento y todo se explicará. Pero aquí está, precisamente, el obstáculo, esto es lo que no puedo aceptar. Y mientras me encuentro en la tierra, me apresuro a tomar mis medidas... Mientras me queda tiempo, procuro proteger mi posición y renuncio por completo a la armonía suprema que no vale las lágrimas de un niño...Estas lágrimas No han sido expiadas. Han de serlo; de lo contrario no puede haber armonía. ¿Pero cómo quieres expiarlas? Pero, ¿de qué me sirve el castigo, de qué me sirve el infierno para los verdugos cuando aquéllos ya han sido torturados? Y ¿Qué armonía puede haber si existe el infierno? Lo que quiero yo es perdonar,abrazar, y no que se sufra más. Y si los sufrimientos de los niños han ido a completar la suma de sufrimientos necesaria para comprar la verdad, yo afirmo de antemano que la verdad entera no vale semejante precio. No quiero la armonía,no la quiero por amor a la humanidad. Prefiero quedarme con los sufrimientos sin castigar. Mejor es que me quede con mi dolor sin vengar y con indignación pendiente, aunque no tenga razón. Muy alto han puesto el precio de esta armonía, no es para nuestro bolsillo pagar tanto por la entrada. Me apresuro, pues, a devolver mi billete de entrada. Y si soy un hombre horado, tengo la obligación de devolverlo cuánto antes. Esto es lo que hago.

No es que no admita a Dios, me limito a devolverle respetuosamente el billete.

En este momento Iván le dirige dos preguntas a Aliosha. “Imagínate, le dice para empezar, que el destino de la humanidad está en tus manos y que para conseguir que la gente sea definitivamente feliz, para procurarles finalmente la paz y el descanso, es indispensable torturar ni que solo fuera un solo ser...Estarías de acuerdo en construir la felicidad en estas condiciones?” Y cuando su hermano le responde negativamente, Iván le hace la segunda pregunta a la que Aliosha contesta de nuevo de forma negativa: al igual que Iván, Aliosha no puede admitir que los hombres consentan aceptar la felicidad al precio de la sangre de un pequeño mártir.

Es en el marco de este halo generoso creado por la unanimidad entre dos almas hermanas que va a situarse *La Leyenda del Gran Inquisidor*, esta “cumbre de la obra de Dostoievski”.⁴

III

EL TEXTO de *La Leyenda*, como nos lo presenta la novela de Dostoievski, se ve interrumpido en diferentes momentos por las objeciones y preguntas suscitadas por Aliosha Karamazov y las respuestas dadas con una sorprendente firmeza por Iván.

4 N. Berdaieff, *L'Esprit de Dostoïevski*. Este autor afirma acertadamente que si Dostoievski puso la leyenda, que es una apología de Cristo, en boca del ateo Iván es para situar al lector ante un “enigma” y para darle libertad “para interpretar y adivinar”. Pero donde nos parece que por su lado Berdaieff comete un error de interpretación y atenta a la libertad del lector, es cuando comenta el pensamiento de Dostoievski en los siguientes términos: “El destino del hombre lo llevará ineluctablemente o hacia el Gran Inquisidor o hacia Cristo. No hay otra alternativa que escoger ya que no hay otra alternativa”. El destino de Iván será la solución imposible: el rechazo a estar disponible y el riesgo de una loca lucidez.

He suprimido todos estos pasajes porque, aunque reflejan fielmente el pensamiento de Iván, resultan extraños a *La Leyenda* propiamente dicha. Esta supresión se impone en una presentación que tiene como característica la unidad y la independencia de la narración.

La primera interrupción importante del poema se produce después del Dixi del Inquisidor cuando anuncia su decisión de ofrecer a su cautivo como holocausto a sus fieles, el siguiente día de la venida de Cristo:

Iván se detuvo. Se había acalorado y hablaba con entusiasmo; cuando terminó, sonrió súbitamente. Aliosha le había estado escuchando en silencio, pero al final se encontraba ya presa de una extraordinaria agitación y muchas veces intentó interrumpir el discurso de su hermano, mas, por lo visto, se contuvo hasta que, al fin, estalló, como si saltara de su asiento.

—*Pero... ¡esto es absurdo!* —gritó, ruborizándose—. *Tu poema es una alabanza a Jesús y no una afrenta... como tú querías. ¿Quién va a creerte en lo que dices sobre la libertad? ¡Como si hubiera que comprenderla de este modo! No es así como la comprende la Iglesia Ortodoxa... Eso es Roma, y aún no toda Roma; sería mentira afirmarlo así, eso es lo peor del catolicismo, son los inquisidores, los jesuitas ... Además es imposible que se dé un personaje tan fantástico como tu Inquisidor.*

Dostoievski, en resumen, pronuncia por boca de su intermediario Aliosha, su condena al catolicismo al que ya había atacado frecuentemente en su *Diario de un escritor*: “El catolicismo romano, escribe, no duda a la hora de dar virajes: una vez, cuando lo creyó necesario, vendió a Cristo sin grandes titubeos a cambio del reino de la tierra”. A ojos de Dostoievski, la Iglesia Católica ha sucumbido a la tercera tentación diabólica, al apetito del poder terrestre. Aliosha no piensa diferente. Pero Iván no es de esta opinión. Pretende que su ficción del Gran Inquisidor podría

ser real, que de entre los hombres de la Iglesia podríamos encontrar mártires de una clase particular “atormentados por un gran sufrimiento” y un amor hacia la humanidad.

...suponte que entre todos esos afanosos de simples bienes materiales, viles, se encuentra uno, aunque sólo sea uno, como mi viejo inquisidor, es decir, uno que ha comido raíces en el desierto y ha sufrido para vencer su carne y llegar a ser libre y perfecto; este hombre ha sentido amor, toda la vida, por la humanidad, mas de pronto abre los ojos y ve que no es un gran bien moral alcanzar la perfección de la voluntad para llegar a convencerse, al mismo tiempo, de que millones de seres humanos, también criaturas de Dios, quedan sujetos sólo al escarnio, pues nunca tendrán fuerzas suficientes para hacer uso de su libertad, y que de rebeldes lamentables no saldrían nunca gigantes para construir hasta el fin la torre; que no era para unos gansos semejantes para quienes el gran idealista había soñado su gran armonía.

La habilidad dialéctica con la que Iván defiende de esta manera su personaje llega al paroxismo cuando se atreve a lanzar la hipótesis de que el “maldito viejo que ama de manera obstinada a la humanidad” podría existir bajo la forma de una “liga secreta, organizada desde hace tiempo para guardar el misterio, sustraérselo a los desgraciados y a los débiles, para hacerles felices”. Lo que provoca en Aliosha la sospecha de que es francmasón.

Después de este largo intermedio, Iván retoma su relato y presenta a su hermano el desenlace de la Leyenda: el beso de Jesús, la quemadura que deja en el corazón del Gran Inquisidor, la fidelidad de este último a sus propias ideas.

Es aquí donde se sitúa el fin de la conversación entre los dos hermanos. Profundamente afligido, Aliosha sospecha que Iván aprueba la actitud del Gran Inquisidor. Sin embargo, Iván no está de acuerdo en figurar entre aquellos

“que han corregido Su obra”. Se limita a reconocer su impotencia, a soportar la existencia de otra manera que no sea “según Karamazov”. Vivir “como Karamazov”, explica, significa asumir la fuerza de la vileza y de la corrupción, pensar y actuar según el criterio que *todo está permitido*.

Dostoievski no quiso presentarnos a un Iván que llegara hasta el final de la prueba. Prefirió que se demostrara la absurdidad mediante el acto y la boca del vil y diabólico Smerdiakov. Éste le confiesa cínicamente a Iván que, cegado por el “*todo está permitido*”, mató y robó al viejo Karamazov.

Desborado por la vergüenza de haber engendrado semejante émulo, Iván se hundirá definitivamente cuando verá Smerdiákov sacar las últimas consecuencias posibles de la enseñanza recibida. De hecho, el epiléptico, no sólo devolverá a Iván el dinero robado, sino que irá a ahorcarse —por cansancio de vivir.⁵

El pasaje culminante de la última conversación con Iván Smerdiákov, merece ser reproducido:

*—Tome este dinero y lléveselo— suspiró Smerdiákov.
—¡Claro que me lo llevaré! Pero, ¿por qué me lo das ahora, si por él mataste? le preguntó Iván, mirándole con extraordinaria sorpresa.*

—No lo necesito para nada — respondió Smerdiákov con voz temblorosa, haciendo un gesto de cansancio con la

5 Es una lástima que Albert Camus, en *El Mito de Sísifo* no se haya sentido conmovido por esta figura lautremontiana que es Smerdiakov, cuyo suicidio es completamente problemático como el de Kirilov que se cumplió según una perfecta lógica, ¡pero la de otro! Sin embargo, la expresión “*todo está permitido*” —y Camus lo entendió perfectamente— huele a absurdo al igual que la de “*todo es verdad*”. Si aquí se halla “el punto de partida del existencialismo” la opción tomada por Jean-Paul Sartre está lejos de ser acertada. Más acertado es lo que esta filosofía toma de Marx, cuando afirma que “no hay realidad fuera de la acción”.

mano – Tenía primero la idea que con este dinero empe-zara la vida en Moscú, o mejor aún en el extranjero, éste era mi sueño, sobre todo porque “todo está permitido”. Fue usted quien me lo enseñó, la verdad, pues entonces me decía muchas veces: si el Dios infinito no existe, tam-poco existe ninguna virtud, ni falta que hace. Fue usted, en verdad. Y así razoné yo.

–¿Y llegaste a la conclusión por tu propia mollera? – preguntó Iván con una sonrisa forzada. *–Bajo la direc-ción de usted. –¿ Y ahora, pues, crees en Dios, ya que devuelves el dinero? –No, no creo en Dios* –balbuceó Smerdiákov. *–¿Por qué lo devuelves, pues? –Basta... ¡qué más da!* –Smerdiákov hizo otra vez el gesto de fa-tiga con la mano–. *Usted mismo, entonces, a cada paso decía que todo está permitido, y ahora, ¿por qué está tan alarmado?*

IV

El retrato de Iván Karamazov permanecería inacabado si no lo completáramos con algunas nuevas características que nos ofrece su alucinación inmediatamente después de su tercera conversación con Smerdiakov.

Volviendo a su casa después de este fatal encuentro, Iván se siente abrumado por un malestar extraño. Se instala sobre un diván y se pone a mirar a su alrededor como si examinara alguna cosa. De repente su ojo se posa sobre un punto. Ve delante suyo, sobre el diván situado contra la pared, un extraño visitante, “una especie de gentleman ruso, de una cincuentena de años, entrado en canas, ca-bellos largos y espesos y barba puntiaguda”. A pesar de su estado delirante, Iván se apercibe de que este intruso, que establece conversación con él, no es otra cosa que su doble. Escucha su propia voz al escuchar perorar al

diabólico fantasma, la voz de su conciencia rota, ávida de paz y de armonía.

El fantasma habla con franqueza, sin tomar ninguna precaución para disimular su naturaleza satánica que, por el contrario, se esfuerza en idealizar. Admite que lleva a cabo su misión de negar a regañadientes, se defiende de ser incrédulo, ridiculiza los descubrimientos de la ciencia moderna que trata de supersticiosa, se dice a las antípodas de Mefisto cuando le dice a Fausto que quiere el mal pero que no hace sino el bien. “Creo que soy el único ser en el mundo que ama la verdad y quiere sinceramente el bien”.

La afinidad de espíritu entre este visitante y el Gran Inquisidor va afirmándose a medida que el primero, que asume la responsabilidad del diálogo, despliega todo el lujo de su dialéctica. Iván, que está a punto de dormirse no saltará hasta el momento en que su interlocutor, como producto de la sobre-excitación de sus propios sentidos, aborde sin ningún rodeo el tema del Gran Inquisidor. “Rojo de vergüenza” Iván prohíbe a su fantasma hablar del tema. Es en este momento que el visitante, que parece cambiar de tema, empieza a recordar a Iván lo que él mismo había dicho la “primavera pasada”, a propósito del futuro de la humanidad, sobre su organización futura y la moral que se deberá adoptar mientras espera la realización de su sueño:

A mi modo de ver, no hay que destruir nada, lo único que hace falta es acabar en la humanidad con la idea de Dios, ¡es por ahí por donde hay que poner manos a la obra! ... Cuando la humanidad rechace a Dios (yo creo que este período llegará de modo paralelo a como llegan los períodos geológicos), sin necesidad de antropofagia se derrumbará por sí misma toda la antigua ideología y, sobre todo, toda la antigua moral, todo se renovará. Los seres humanos se unirán para exprimir

de la vida cuanto ésta pueda dar, pero solo para alcanzar la felicidad y la alegría de este mundo. El hombre se encumbrará con un espíritu divino, con un orgullo titánico y aparecerá el hombre-dios. Venciendo a cada hora, y ya sin límites, a la naturaleza, el hombre, gracias a su voluntad y a la ciencia, experimentará a cada hora un placer tan excelso que le sustituirá todas las anteriores esperanzas en los placeres celestes. Cada uno sabrá que es mortal en cuerpo y alma, sin resurrección, y aceptará la muerte orgullosa y tranquilamente como un dios. Comprenderá por orgullo que no tiene por qué murmurar de que la vida sea sólo un instante y amará a su prójimo sin necesidad de recompensa alguna. El amor satisfará sólo el instante de la vida pero la simple conciencia de su brevedad hará más poderoso su fuego, en tanta medida cuanto anteriormente se dispersaba en las esperanzas del amor de ultratumba... La cuestión está ahora, se decía mi joven pensador, en saber si es posible si semejante período llegue o no alguna vez. Si llega, todo quedará resuelto, y la humanidad se organizará definitivamente. Pero, como quiera, que dada la contumacia de la estupidez humana, esto quizás no se produzca ni en mil años, a todo aquel que ya ahora tenga conciencia de la verdad le será permitido ordenar su vida como le plazca en consonancia con los nuevos principios. En este sentido para él "todo está permitido". Es más: aunque nunca llegue el período indicado, como quiera que no existen ni Dios ni la inmortalidad, nada impide al nuevo hombre hacerse hombre-dios aunque sea él solo en todo el mundo, y ya, desde luego, en su nuevo rango, saltarse con alegre corazón todos los obstáculos morales del anterior hombre esclavo, si es preciso. ¡Para Dios, la ley no existe! ¡Donde esté Dios, el lugar ya es divino! Donde esté yo, aquél será al instante el primer lugar... "Todo está permitido", ¡y basta!

Nos hallamos aquí ante las últimas palabras sensatas de Iván pronunciadas por su espectro, su testamento espiritual. Ante el tribunal al que acudirá a testificar en favor de Dmitri Karamazov acusado de parricidio, sólo pronunciará frases incoherentes y será conducido a la fuerza en plena crisis de demencia.

Dostoievski hizo pagar caro a Iván Karamazov su rechazo a admitir el absurdo.

V

IVÁN KARAMAZOF está entre nosotros como el testigo de la verdad y el estigma de la mentira de nuestro tiempo. Su llamada, bajo la cobertura de un nihilismo hecho de rabia y de ironía, se dirige a nuestra conciencia de hombres del siglo veinte y le debemos la revelación del caos al que estamos condenados a crear y a sufrir, impotentes incluso para encontrarle una expresión oral. Quizás también es que de Iván Karamazov tenemos la promesa de una libertad de la que todavía no poseemos ni el nombre ni el uso. La barbarie que Iván profetizaba –esta lepra de la civilización denunciada por K.Marx– es nuestra barbarie, es el mundo actual. Y del que, también gracias a Dostoievski, sabemos que el arte verdadero no transfigura lo real, si no más bien adivina lo posible.

Quizás no se ha dado suficiente importancia al hecho de que la hostilidad de Dostoievski hacia el catolicismo romano y el socialismo mesiánico le venía de su odio al cesarismo bajo todas sus formas. Evidentemente que no hablamos del Dostoievski publicista, sino más bien del novelista de genio, del creador de este mundo evidentemente invisible, pero no obstante real, el de los Raskolnikov, Marmeladov, Myshkin, Stavroguiine, Kirilov, Chatov, Verkhovensky, Chigaliev, Dolgorouky, Versiolorov, etc.

N. Berdiaeff, quién entendió perfectamente que Dostoievski en *La Leyenda del Gran Inquisidor* tenía mucho más presente al socialismo que al catolicismo, no pudo sacar la conclusión de su propia afirmación, muy justa por cierto, de que el escritor ruso “no sabía nada de marxismo”. Con esto Berdiaeff quiere decir que Dostoievski desconocía a su contemporáneo Marx – lo que es distinto. Aunque Dostoievski conociera el socialismo desde sus representantes utópicos, anarquistas o mesiánicos, desconocía totalmente el socialismo proletario al que Marx se unió en 1844 para darle un fundamento al mismo tiempo científico y ético. Para Marx –que continúa siendo, en cuanto al sentido último de su mensaje tan desconocido hoy como lo fue en vida– el socialismo no será la obra de una élite, cualquiera que sea, sino una creación autónoma de las clases desfavorecidas que, según un postulado fundamental de la enseñanza marxiana, debe adquirir la conciencia de sus limitaciones y ligar su combate emancipador a la causa de la liberación definitiva de la humanidad. Esta última, en la medida en que la implacable evolución económica la transforme en un proletariado universal, se convertirá en su propio mesías. La emancipación del hombre es la obra del mismo hombre.

No es este socialismo con el que sueña el Chigaliev de *Los Poseídos* cuyas ideas se erigirán en sistema por El Gran Inquisidor. El socialismo autoritario de Chigaliev es un socialismo de la desesperación, de hecho Chigaliev está en desacuerdo con todos los inventores de los sistemas sociales que le han precedido ya que, según él, han sido unos soñadores, narradores de cuentos de hadas, unos ingenuos que se contradicen a ellos mismos y no saben nada de la ciencia natural ni de este extraño animal al que llaman hombre. Platon, Rousseau, Fourier son una especie de columnas de aluminio solo útiles para los cabezas de chorlito y no para la sociedad humana”. Y con una siniestra ironía confiesa la incoherencia de su “sistema”: “Me enredé en

mis propios datos y mi conclusión está en radical contradicción con la idea que me sirvió de punto de partida. Partiendo de la libertad ilimitada he llegado al despotismo sin límites.” Lo que no le impide de ninguna manera afirmar perentoriamente que no se podría hallar otra salida mejor que la que propone a su audiencia uno de los cuales resume de esta manera el chigavielismo: “Sugiere como solución definitiva dividir la humanidad en dos partes desiguales. Una décima parte de la humanidad disfrutaría de una libertad absoluta y ejercería sobre el resto una autoridad sin límites y esta última debería renunciar a cualquier individualidad, convertirse, por así decirlo, en un rebaño, y con esta sumisión sin límites llegarían por medio de una serie de regeneraciones, al estado de inocencia original, algo parecido al primitivo Edén aunque con la diferencia que deberían trabajar. Fue Bakunin o Netchaiev –y no Marx– quien pudo inspirar a Dostoievski la inquietante figura de Verkovenski. Este último acorrala a los nihilistas venidos a escuchar a Chigaliev al ponerlos ante la alternativa de: “chapotear en la marisma a ritmo de tortuga o atravesarla a toda prisa.⁶

Existe, sin embargo, en el mundo de Dostoievski un tipo de socialismo de otra especie: es Kolia Krassotkin, el escolar precoz –sólo tiene catorce años– amigo de Aliocha Karamazov. Dostoievski le asignó una imagen sugestiva de la que cada aspecto es descrito con enorme simpatía. Kolia se define a sí mismo como un “socialista incorre-

6 M. Arthur Koestler –de quien hay que decir por cierto que solo le falta talento para parecerse a Dostoievski– no innovó nada al presentar en sus Ivnoff y Gletkin (en *El Cero y el infinito*) a los Chigaliev del siglo XX. Pero hay que decir en favor de este talentoso periodista que no ha ensuciado la memoria de Marx: sus héroes poseen la honestidad de no justificar su “política” apoyándose en los textos marxianos. La frase de Rubachoff: El partido es la encarnación de la idea revolucionaria en la historia, en ningún momento hubiera podido salir de la pluma de Marx. Lo único que se le podría reprochar a Koestler es no haber hecho más en favor del pensamiento de Marx. Pero todo nos lleva a pensar que no posee el suficiente nivel.

gible”. A Aliosha que le recuerda su edad, le contesta con orgullo: “Se trata de mis convicciones, no de mi edad” y sin dudarlo ataca al espíritu de obediencia y al misticismo de su contradictor al que llama “adoctrinado”. El cristianismo, según Kolia “sólo ha servido a los ricos y a los poderosos para mantener a la clase inferior en la esclavitud”. En Cristo ve una personalidad completamente humana. “Si hubiera vivido en nuestra época, estaría al lado de los revolucionarios. Quizás hubiera jugado un papel destacado... Sin lugar a dudas.

Es lícito preguntarse si Kolia Krassotkin no es acaso, mucho más que Iván Karamazov, el portavoz del pensamiento íntimo de Dostoievski. Menos ocioso sin embargo parece preguntarnos por el tema de saber en qué medida la idealización del pueblo ruso (por ejemplo: en la boca de Chatov en *Los Demonios*) se halla justificada por el mismo curso de los acontecimientos históricos. Si no podemos dar aquí una respuesta aceptable a esta cuestión dejemos por lo menos constancia de la relación que podríamos establecer entre el “populismo” de Dostoievski y la actitud “pro-narodnik” que Marx mantuvo hacia el movimiento revolucionario ruso durante toda su carrera política. Cuando el narodnik Mijáilovski atribuye a Marx la idea de que para que Rusia llegue al socialismo debe abolir la propiedad comunal de los campesinos y echarse en brazos del capitalismo, el fundador del socialismo llamado científico se reveló contra la tentativa consistente en deducir de su análisis del capitalismo occidental la conclusión de que todos los pueblos debían recorrer las fases históricas trazadas en el esquema marxiano. “El análisis expuesto en *El Capital*, escribió un día Marx a Vera Zassoulitch no ofrece ninguna razón ni a favor ni en contra de la vitalidad de la comuna rural, pero el estudio especial que he realizado, para el que busqué los materiales y las fuentes originales, me han convencido que esta comuna es el punto de partida de la regeneración social en Rusia...”

Este optimismo –“¡Qué poco marxista!”– de Marx respecto al destino de Rusia viene confirmado en el prefacio de 1882 de la traducción rusa del *Manifiesto comunista* donde afirma: “Si la revolución rusa se convierte en presagio de una revolución obrera en Occidente, de tal manera que las dos revoluciones se completen, la actual propiedad comunal rusa puede convertirse en el punto de partida de una revolución comunista.”

La visión apocalíptica de Dostoievski parece haber eclipsado la presciencia dialéctica de Marx.

Maximilien RUBEL, 1946